

neral —suspiró—, qué desquiciados andamos todos. Vive uno como montado en una noria que cada vez gira más deprisa. Da miedo. Y vértigo. Sobre todo, vértigo. Nos vamos a estrellar.

La cogí de la mano y entramos en la habitación. Se dejaba conducir como si realmente estuviera al límite de sus fuerzas.

—Mejor no pensar en eso. Anda, acuéstate un rato, que estabas muy cansada. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No sé. Me he desinflado de repente. ¡Y me ha entrado un frío!

Nos habíamos parado delante de la cortina que tapaba a medias la alcoba. Ahora se percibía con más detalle el bati-burrillo que imperaba en aquel recinto. Miré a Mónica y comprendí la depresión que se pintaba en su rostro.

—Es horrible —dijo—. Te invaden los objetos. Cuantos más quitas, más nacen, y todos reivindicando sus derechos, exigiendo atención. Me dan ganas de prenderle fuego a todo. De verdad, no se sabe por dónde empezar.

—¿Empezamos por dejar la cama libre? A mí me parece que eso es lo primero, si te vas a tumbar un rato.

—Ya, pero lo malo es dónde pones las cosas. Tú mismo ves el lío que hay. Y el cuarto de Almu está igual. A tope.

—Venga, no te agobies, lo que estorbe se tira al suelo y en paz. Del suelo no pasa.

Entré con ella y la ayudé a despejar la cama de ropas y paquetes. Inmediatamente se dejó caer sobre la colcha arrugada, lanzó un profundo suspiro y se tapó la cara con un brazo. No se movía ni decía nada. Le quité los zapatos y luego la cubrí con una manta de cuadros que había visto sobre una butaca. Era casi imposible dar un paso sin tropezarse con algo. Rosco se subió de un salto y se echó a sus pies.

—¿Quieres que te apague la luz? —pregunté tras una breve pausa.

Como no contestaba, me acerqué despacito, aunque me parecía raro que se hubiera dormido tan inmediatamente. Una especie de tormenta seca recorría su cuerpo en breves

sacudidas, sin acabar de estallar. Me senté a su lado, y enseñada puso su mano sobre la mía. Me la apretó.

—Tengo miedo —dijo con voz entrecortada.

—¿De irte?

—Sí, y también de quedarme. Cada miedo tira de un lado.

Es difícil de explicar.

—No hace falta. A mí siempre me ha pasado eso cuando me tengo que ir de un sitio. Desde pequeño. Pero luego, cuando creces, más. Precisamente porque quieres explicártelo, y le das vueltas, en vez de dejar que se pase solo. Limitarse a dormir. O a llorar. El que pueda, claro.

Suspiró, rematando con un bostezo, y cesaron las sacudidas de su cuerpo. Hubo un silencio largo. Seguíamos con las manos cogidas. Me fijé en un póster que había en la pared de enfrente. Representaba dos cabezas de mujer con gorro de baño. Estaban de perfil y en realidad eran la misma mujer, una mirando hacia otra. Entre sus bocas hinchaban un globo gigante como de chicle color rosa.

—Yo es que además me voy muy lejos y para mucho tiempo —dijo Mónica—. Y mi madre se ha enfadado conmigo, dice que me voy a arrepentir. Antes la he llamado para despedirme y me ha colgado el teléfono.

—De eso sería ella la que se tendría que arrepentir. Pero, además, lo importante es que tú te vayas a gusto. ¿Te vas a gusto?

—Es que no sé. ¿Conoces *El hombre que perdió su sombra*?

—Sí.

—Pues así estoy, como el personaje de Chamisso. Mi sombra está en la infancia, en unos árboles que se movían mientras cantaba mi madre. Es una historia de las que no tienen arreglo, por mucho que se lo busques. Andar sin sombra da vértigo.

Se había hecho un ovillo debajo de la manta y hablaba muy bajito, como para ella misma.

—Pero el vértigo sólo dura algunos ratos, mujer. Se cura durmiendo. No pienses en nada, anda, no te desveles más. ¿Quieres que te recite un poema?